
Las páginas del descubrimiento. Un breve repaso a los libros y a la Biblioteca Colombina

Salvador Bernabéu

En los últimos años, diversos estudios sobre la historia y la Biblioteca Colombina, gestados y dirigidos principalmente por el profesor sevillano Juan Gil, han contribuido considerablemente a cambiar la idea que se manejaba sobre el aprovechamiento e influjo de los libros en la gestación y desarrollo del proyecto colombino de viajar hacia el occidente en 1492 en busca de islas y tierra firme.¹ Exponer los nuevos hallazgos y puntos de vista es el primer objetivo de nuestro trabajo. Además analizaremos, brevemente, las principales características y evolución de la famosa Biblioteca Colombina, creada por el controvertido biógrafo y vástago de Colón, el cordobés don Hernando, a partir del primer grupo de libros adquiridos por el Almirante.

El motivo que me ha llevado a realizar este trabajo no ha sido el oportunismo de la conmemoración que estamos sufriendo o disfrutando, según los casos, sino el convencimiento sincero de que los estudios colombinos vienen aislándose cada vez más, que son conocidos y debatidos por un grupo cada vez más reducido de especialistas y que el resto de la comunidad americanista los mira con tedio, desinterés y desconocimiento. Pero no hay que olvidar que la primera imagen del Nuevo Mundo está profundamente teñida y matizada por la cultura libresca de los descubridores. La mención de Plinio que incluye Cristóbal Colón en el

diario de su primer viaje no es una cita baladí, sino el primer puente cultural levantado entre la Antigüedad y el Nuevo Mundo.

Hasta 1492, la cultura libresca del futuro descubridor fue muy reducida. Nada más contrario a la realidad que el imaginar a Colón cargando gruesos volúmenes de Marco Polo o Ptolomeo en pos de la corte de los Reyes Católicos. El éxito alcanzado, después de siete años de espera, en las capitulaciones de Santa Fe, fue más producto del tesón, la esperanza y la fe en la experiencia, que de la presentación de un proyecto basado en las autoridades antiguas y medievales conocidas a través de los libros.²

Alain Milhou, el historiador que más ha profundizado en la personalidad del Almirante, afirma que Cristóbal Colón pertenece a la tipología del buen seglar “idiota” pero “alumbrado” por el Espíritu Santo y conocedor por su práctica de los “secretos de la naturaleza”, corriente surgida en la baja Edad Media y fomentada por los franciscanos y los nominalistas.³ En un pasaje del *Libro de las profecías*, el Almirante comenta:

de muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta oy. La mesma arte inclina a quien le prosigue a desear de saber *los secretos d'este mundo* [...] Trauto y conversación he tenido con

gente sabia, heclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros y con otros muchos de otras setas. A este mi deseo fallé a Nuestro Señor muy propicio y ove d'El para ello *espírito de inteligencia*. En la marinería me fiso abandoso, de astrología me dio lo que abastava y ansí de geometría y arismética y ingenio en el ánima y manos para debusa esperá [...]. En este tiempo he yo visto y puesto estudio a ver de todas escrituras: cosmografía, istorias, corónicas y filosofía y de otras artes, a que *me abrió Nuestro Señor el entendimiento* con mano palpable a que era hasedero navegar de aquí a las Indias, y *me abrió la voluntad* para la hexecuçión d'ello. Y con este *fuego* vine a Vuestras Altezas. Todos aquellos que supieron de mi impresa con rixa le negaron burlando. Todas las çiencias de que dise arriba non me aprovecharon ni las abtoridades d'ellas. En sólo Vuestras Altezas quedó la fee y costança. ¿Quién dubda que esta *lumbre* no fuese del *Espíritu Santo*, así como de mí?⁴

Pero no sólo pensó el Almirante que el viaje de 1492 fue una revelación divina a un "idiotá", sino que completa su postura con la defen-sa a ultranza de la experiencia y de los conoci-mientos prácticos frente a las autoridades y los estudios de los sabios, si bien acude a ellos en busca de confirmación de sus ideas. Colón es un hombre de su tiempo, moderno por su fe en la experiencia y medieval por su fidelidad a los libros.⁵ Este será el dilema en el que tendrán que moverse los descubridores.

Las realidades y las maravillas

La invención de la imprenta contribuyó de forma decisiva a divulgar entre los reinos occiden-tales a autores clásicos tales como Ptolomeo, Pomponio Mela, Estrabón, Solino, Plinio, et-cétera. Otro tipo de libros, como las famosas "enciclopedias", también gozaron de gran po-pularidad, como el *Speculum* de Vicent de

Beauvais, el *Trésor* de Brunetto Latini y el *Tratado de la Sphère* de Sacrobosco. La histo-ria de cada uno de estos libros es en ocasiones más apasionante que cualquier novela de in-triga.

Este cúmulo de libros conformaron más que un bagaje cultural, un depósito del saber, las famosas *autoritates*, en las cuales buscaron los hombres de finales de la Edad Media una explicación a su vida y a su mundo. Lo que ocurrió fue que los hallazgos de los viajes y las exploraciones pronto desmintieron o entraron en abierto conflicto con aquel conjunto de da-tos avalados por las autoridades. Así, la "ima-gen del mundo" medieval, heredera directa de los geógrafos de la Antigüedad tardía y de la alta Edad Media fue paulatinamente trans-formada por los exploradores que surcaron el planeta desde el siglo XIII al XVI. No fue una tarea fácil, ya que los hombres del inaugurado Renacimiento tuvieron muchas dudas antes de desdecir a los sabios que habían leído y reverenciado.

En todo caso, podemos afirmar que todos los hombres del Renacimiento partieron de un mundo lleno de "maravillas", verdaderos mo-tores de las exploraciones, y se esforzaron por construir, mediante las experiencias, un mun-do de realidades. Guillaume de Rubruck con-fesó tras su famoso viaje (1253-1255): "Isidoro se equivoca cuando dice que el Caspio es un golfo del océano. Este mar no toca el océano en ningún lado y está rodeado de tierra en todos sentidos." La crítica a las *autoritates* había comenzado, aunque serían necesarios varios siglos para desterrar o matizar las innumera-bles "maravillas" que habitaban impunes en los primitivos libros. Afirma el francés Michel Mollat acerca del término "mirabilia" que: "Etimológicamente, designa lo que asombra, y su significado se extiende desde lo que es insólito hasta lo que parece extraño, e incluso lo que es contrario a la naturaleza. La noción de lo maravilloso se aplica, pues, a los aspectos contrarios de la belleza y del horror. Reúne también los conceptos de exotismo y de fantás-tico, e incluye los fenómenos de inversión mo-ral y social, comprendiendo la perversión. Las

maravillas pueden ser, entonces, admirables o chocantes y, de manera excepcional, alcanzar lo sublime o ser rechazadas a la exclusión: ángel o demonio.⁶

Maravillas fueron los cinocéfalos y los cíclopes, los unípedos y los dragones, el paraíso terrenal y la fuente de oro, esto es, un conjunto de fábulas y personajes prodigiosos que los escritores situaron en Asia y el Índico y que tanta tinta hicieron correr y tantas velas hicieron henchir por los mares del planeta azul.⁷ Un notable compendio de geografía “maravillosa” y libresca vamos a encontrar en los escritos colombinos, aunque es preciso averiguar de qué libros se trata y cuándo y cómo se produjo el encuentro del Almirante con ellos.

Muchos especialistas en cuestiones colombinas han afirmado que Colón fundamentó su proyecto descubridor en la reputación de varias autoridades antiguas y medievales. Las lecturas de Marco Polo, Platón, Aristóteles, etcétera, convencieron al hasta entonces mercader, el cual se acercó a los libros de ciertos autores de cosmografía con el fin de reunir razones astrológicas y geográficas que pudiesen corroborar su intento.

El historiador Juan Manzano afirma que dos fueron fundamentalmente las obras consultadas por Colón y Bartolomé Colón para encontrar datos que confirmaran sus teorías: la *Imago mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly, y la *Historia rerum ubique gestarum locorumque descriptio*, de Eneas Silvio Piccolomini, escrita cuando ya era el pontífice Pío II. Dichas obras, junto a la carta enviada por el sabio florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli a su amigo el canónigo lusitano Fernao Martins, fechada el 25 de junio de 1474, fueron las autoridades que llevaron al futuro Almirante al convencimiento de “que al occidente de las islas de Canarias y de Cabo Verde había muchas tierras y que era posible navegar hasta ellas y descubrirlas”.⁸ Los dos incunables están llenos de notas marginales como demostración del cejo de los Colones por encontrar datos y noticias que avalasen su proyecto.

Otros famosos colombinistas, como G.E. Nunn y S.E. Morison señalan como más in-

fluyente en el proyecto colombino la obra de Marco Polo *De consuetudinibus et conditionibus orientalium regionum*, versión latina, preparada y abreviada por Francisco de Pepuris de Bolonia, obra que se encuentra, asimismo, llena de apostillas.⁹

De sabio a sabio, pasando por idiota

Aunque Hernando Colón aseguró en la biografía de su padre que éste desde “su tierna edad aprendió las letras y estudió en Pavía lo bastante para entender a los cosmógrafos, a cuya lección fue muy aficionado, por lo cual se dedicó también a la astrología y la geometría”, lo cierto es que actualmente ningún historiador admite dichos estudios.¹⁰ Al parecer, el futuro Almirante, de humilde cuna, no poseyó más estudios que las primeras letras hasta que llegó a Portugal. En este reino atlántico, Cristóbal Colón se hizo con los escritos y cartas de marear de su difunto suegro, donaciones que le entusiasmaron tanto que comenzó a leer libros de cosmografía y a consultar a los navegantes portugueses sobre sus viajes marítimos. El famoso cronista López de Cómara ratifica este aserto, pues afirma que Colón “no era docto”, aunque sí listo, sagaz y “bien entendido, y como tuvo noticia de aquellas nuevas tierras por relación del piloto muerto, informóse de hombres leídos sobre lo que decían los antiguos acerca de otras tierras y mundos”.¹¹ Pero quién le informó y sobre qué autores tuvo noticia sigue siendo un enigma para la etapa predescubridora.

El profesor Juan Gil ha señalado, tras un minucioso estudio, que “Razones prácticas y de prestigio lo indujeron a hacerse de inmediato, nada más estrenado el cargo de almirante y virrey de las Indias, con una *Geografía* de Ptolomeo y un *Almanaque perpetuo*, libros hoy perdidos.”¹² Es decir, que antes de 1492 Colón no tuvo ningún libro que se conozca. Esta afirmación niega validez a la teoría generalizada que defiende la influencia decisiva de ciertos autores en el proyecto colombino, bien que lo hagan nacer del relato de un protonauta

anónimo o de la genial idea de un mercader genovés, fundamentando muchas de sus aseveraciones en las famosas apostillas colombinas.¹³ Pero lo cierto es que los ejemplares anotados por Colón, actualmente depositados en la famosa Biblioteca Colombina, fueron adquiridos después de 1497. De ahí que Francisco Socas afirme de Colón: “Podemos imaginarlo metido en el estudio de estos libros raros y latinos como un don Quijote al revés: el ingenioso hidalgo fue de los libros al mundo para confirmar prodigios y maravillas que en ellos había leído; el descubridor se engolfó con unos malos barcos de palo en un mar desconocido, contempló ínsulas extrañas y ríos caudalosos, árboles como endriagos, alimañas monstruosas y pueblos antes nunca vistos y, después, intentó corroborar todo eso en los libros. Y es que la sabiduría se encierra en ellos. Si algo no ha sido reseñado por los padres del saber y los ingenios del pasado, sencillamente no lo hay.”¹⁴ Por tanto, el saber de Colón fue, como afirma Alain Milhou, de idiota iluminado que, tras su portentoso viaje, encontró en las autoridades clásicas la confirmación de su sabiduría.

No fue sino hasta después de su segundo viaje a las Indias (1496) cuando Colón tuvo que defenderse del escepticismo que rodeaba a sus descubrimientos.¹⁵ Entonces, se hizo de diversos libros para confirmar sus teorías y hablar con propiedad frente a los doctos. Los principales fueron tres, todos ellos repletos de anotaciones de Colón o de sus allegados. Vamos a examinarlos brevemente.

Imago mundi

Su autor, Pierre d’Ailly, nació en el año 1350 en Compiègne, en el seno de una familia burguesa. Cursó estudios de artes y teología en París, siendo ordenado sacerdote a los 27 años. A partir de este momento ocupó importantes cargos: en 1384 fue nombrado rector del Colegio de Navarra y en 1389 canciller de la Universidad de París. Simultáneamente ejerció como confesor y secretario del rey Carlos IV

de Francia. Para 1395 lo encontramos ya como obispo de Puy y, un año después, como obispo de Cambrai, accediendo al cardenato en 1412. Murió en la ciudad de Avignon en el año 1420.

Su obra literaria incluye unas 170 obras, pero fue famoso en su época sobre todo por la *Imago mundi*. El ejemplar de la Biblioteca Colombina está impreso en Lovaina hacia 1483 y consta de dieciocho tratados: los trece primeros del cardenal y los cinco restantes de su discípulo Juan Gerson. Se trata de folletos breves de divulgación que contienen todos los conocimientos necesarios que debían tener los estudiantes universitarios de comienzos del siglo XV en la Universidad de París. El propio autor informa así sobre los contenidos de su libro: “Al dar fin a esta obra damos gracias a Dios, porque hemos reunido, por don suyo, ocho tratados muy útiles a partir de las palabras de los sabios. El primero sobre la ‘Imagen del mundo’, el segundo sobre su ‘Epílogo’, el tercero ‘Sobre la corrección del calendario’, el cuarto ‘Sobre el verdadero ciclo lunar’, el quinto ‘Sobre las leyes y las sectas contra los astrónomos supersticiosos’, y los tres últimos ‘Sobre el acuerdo de la verdadera astronomía con la verdad teológica e histórica.’”¹⁶ Colón estudió y subrayó esta obra continuamente. El texto está repleto de apostillas: 898 en total, lo que demuestra la importancia de este autor para la defensa del proyecto colombino.

Historia rerum ubique gestarum

Eneas Silvio Piccolomini nació en el año 1405 en Corvignano, pequeña aldea italiana situada entre Orvieto y Siena. Realizó estudios jurídicos mientras leía a los clásicos de la Antigüedad. Muy pronto entró al servicio de importantes hombres de su tiempo, como el cardenal Capranica y el obispo Nicodemo de Frisinga. Viajó por diversos países en misiones diplomáticas, actuando de mediador en las pugnas eclesiásticas europeas. A partir de 1440 aparecen sus poemas y libros, entre los que se incluye una novela erótica. Posteriormente pasó al

servicio del papa Eugenio IV y, tras ser ordenado sacerdote, tuvo una carrera meteórica: obispo de Trieste en 1447, de Siena en 1449, cardenal en 1456 y nuevo pontífice, con el nombre de Pío II, en 1458. Durante todo este tiempo siguió escribiendo libros sobre diversos temas, atacando incluso algunas de sus obras y opiniones anteriores. Empeñado en reconquistar Grecia y Asia Menor, convocó a los reinos cristianos a una gran cruzada, muriendo en el puerto de Ancona en 1464, cuando esperaba a la flota veneciana.

Basándose en la famosa *Geografía* de Estrabón, Pío II elaboró durante varias noches de su pontificado la *Historia rerum*, también conocida como *Cosmographia*, con la siguiente finalidad: "Procuraremos contar las cosas dignas de mención que han ocurrido en nuestra época, en la medida en que las conozcamos, echando por delante alguna que otra cosa antigua que aporte o bien un mejor conocimiento de los sucesos o bien algo de lustre. Distribuiremos cada uno de los acontecimientos en sus correspondientes territorios, empezando por la parte de oriente y prosiguiendo el relato por las naciones intermedias hasta regresar a estas comarcas occidentales que son las nuestras. Intercalaremos lo que se crea conveniente acerca de la naturaleza y el estado de estas regiones y sus gentes."

Sin embargo, del primitivo proyecto, Pío II sólo pudo completar dos partes: *De Europa* y *De Asia*. Esta última fue la utilizada por Colón, pues entre sus numerosas noticias y anécdotas, mezcladas en un desconcertante desorden, aparecían datos que confirmaban la posibilidad de llegar a la India por el occidente. Las apostillas también se adueñan del incunable colombino con gran profusión, sobre todo en cuestiones geográficas.¹⁷

El libro de Marco Polo

Marco Polo, muerto en 1327, es uno de los viajeros más importantes de la historia. Acompañó en 1271 a su padre Nicolás y a su tío Maffeo, ambos mercaderes venecianos, en un viaje co-

mercial a China, antiguo imperio en ese momento en manos de los mongoles. Una vez a salvo en aquellas lejanas regiones, permaneció durante largos años al servicio del Gran Khan Kublai. De vuelta en Venecia, contó sus aventuras, a las que dio forma literaria Rustichello de Pisa. El relato de las ciudades y riquezas sin fin del Extremo Oriente fascinaron a los estrechos europeos por centurias.

El libro de Marco Polo, del que se imprimieron varias versiones en los siglos XIV y XV, llegó a manos de Colón a finales de 1497 gracias a las gestiones del mercader inglés John Day. La edición, realizada en Amberes en el año 1485, fue anotada por Colón antes de partir a las Indias a finales de mayo de 1498.¹⁸ Los nuevos conocimientos adquiridos en este famoso libro le sirvieron para rectificar o ampliar el texto del diario del primer viaje, cuyas referencias a la obra poliana han sido identificadas como procedentes de la carta de Toscanelli a Fernao Martins.

El nacimiento de la Biblioteca Colombina

Poco a poco, y después de 1496, el Almirante se hizo con una importante colección de libros, los cuales, al igual que el resto de sus documentos, fueron depositados a partir de 1502 en el monasterio sevillano de Santa María de las Cuevas, de la orden cartuja, bajo la custodia de fray Gaspar Gorricio de Novara, fiel amigo de la familia Colón. Dichos libros y documentos pasaron a la muerte del Almirante a manos de su hijo Diego, casado con una sobrina del duque de Alba llamada María de Toledo. Sin embargo, el creador de la mal llamada "Biblioteca Colombina" fue Hernando, nacido en 1588 de los amores ilícitos del Almirante con la cordobesa Beatriz Enriquez de Harana. Don Hernando, uno de los principales motores de los tediosos "pleitos colombinos", fue muy querido por su padre, al que acompañó en su cuarto viaje a las Indias Occidentales y le ayudó en numerosos trabajos de escribanía por su temprano ingenio y buena caligrafía.¹⁹

La formación de Hernando Colón fue muy afortunada, pues, nombrado paje del príncipe don Juan, recibió las lecciones del famoso humanista Pietro Martire d'Anghiera. Aunque de poco le hubieran servido a no ser por su temprano amor a los libros y las ciencias. Hacia 1508, cuando contaba con veinte años de edad, compró una *Geografía* de Estrabón en la ciudad de Medina del Campo. Un año después, a punto de embarcar para Santo Domingo con el resto de su familia, su tío Bartolomé le regaló un pequeño libro en latín y toscano titulado *Soprascritti & introscripti di lettere*. Y durante la travesía, Cristóbal de Sotomayor, hijo de la condesa de Carmina, le donó dos manuscritos: *Sedacius totius alchimie Guillelmi Sedarecii* y la *Summa de Geber*. Por último, en noviembre del mismo año, ya de vuelta en Sevilla para cuidar los intereses de su hermano Diego, segundo almirante, el mercader florentino Simón Verde le obsequió la obra *Triumpho della croce di Christo*, de Jerónimo Savonarola.

Fue entonces cuando se hizo cargo de la biblioteca familiar, a la que iría agregando sus propios ejemplares con una rapidez cercana al fanatismo. Al comenzar 1510 poseía ya 238 volúmenes guardados en cuatro arcas. En adelante, además de recibir varios obsequios, fue adquiriendo nuevos libros en Sevilla, Medina del Campo, Valladolid, Toledo, Calatayud, Lérida, Alcalá y otras ciudades españolas. Pero no contento con estas compras, considerando que “avra ynfinitos libros de que nunca terná noticia ni se pornán en la librería, porque nunca se traen a estas partes”, recorre Europa en busca de más y más libros.

En 1512 se desplazó a Roma, ciudad que volvió a visitar en los siguientes cuatro años, y a partir de 1520 siguió al joven monarca Carlos I por toda Europa. Allá donde se encuentra, su pasión por los libros se desata: don Hernando adquirió seis obras en Maguncia, diez en Worms, doscientas en Frankfurt, setecientas en Nuremberg y mil en Colonia.²⁰ Entre 1535 y 1536 se instaló en el sur de Francia, cerca de las imprentas de Lyon, Montpellier y Avignon, plaza en la que recibió una carta de

Carlos I reclamándole que regresase a la corte hispana.

Varios de los libros conseguidos por don Hernando fueron regalo de sabios humanistas del Renacimiento, como Antonio de Nebrija (Alcalá, 1517), Hernán Pérez de Oliva (Sevilla, 1525), Juan Ginés de Sepúlveda (Milán, 1530), Symphorien Champier (Lyon, 1535), fray Juan de Zumárraga (Valladolid, 1536), Bernal Díaz de Luco (Valladolid, 1536)²¹ y en particular un *Antibarbarorum liber* firmado por el mismo Erasmo de Rotterdam, a quien don Hernando conoció en Lovaina el 7 de octubre de 1520.²²

Sin embargo, no todos los libros colectados por el segundón de los Colones tuvieron un final feliz, pues un considerable número de obras reunidas en Venecia, entre ellas todas las escritas por Lutero, se perdieron en el fondo del mar al naufragar la nave en la que viajaban. Pero a pesar de estas contingencias, la biblioteca hermandina aumentó considerablemente: en el año de su muerte, 1539, contaba con más de 15,381 obras. Para financiar tan costosa afición, don Hernando recibió la ayuda de Carlos I (500 pesos anuales para la sustentación de la librería) y la colaboración de los banqueros genoveses, siempre prestos a financiar sus compras y envíos desde cualquier ciudad europea.

Varios son los autores que han puesto de manifiesto la modernidad de Hernando Colón en la gestación y administración de su biblioteca. En primer lugar, confeccionó un registro o índice numeral de cada uno de los ejemplares adquiridos, en los que especificaba el nombre del autor, título, pie de imprenta, formato, lugar de la compra, precio, partes de que se componía, etcétera. A éste le añadió un índice general alfabético o de autores, en donde enumeró los autores y todas sus obras escritas; un “libro de los Epítomes”, en donde extractaba los contenidos de cada libro; y, finalmente, un “libro de las materias o proposiciones”, en las que clasificó todas las materias con los correspondientes autores y libros de referencia.²³ “Todo esto —afirma Luis Arranz— con ser lo más sobresaliente como plasmación

innovadora, no fue lo único. Es preciso citar, aunque sólo sea de corrida, algunos otros esfuerzos relativos a la labor de catalogación, como los repertorios o índices de autores y ciencias, de pinturas y grabados, del diccionario o vocabulario latino, y, sobre todo, el proyecto de catálogo concordado, el cual, pensado tal vez para relacionar el libro de epítomes con el de materias, quedó solamente esbozado. A pesar de ello es considerado actualmente de gran valor bibliográfico y erudito.²⁴

Don Hernando Colón estaba interesado por todos los libros, pero especialmente por todas las obritas pequeñas que pudiesen pasar desapercibidas al resto de los mortales. Gracias a estos amplios criterios, pudo reunir una importante colección de autores protestantes, la viliosísima colección de 260 pronósticos astrológicos de los siglos XV y XVI y otras varias rarezas en francés e italiano. Al morir, dejó a su sucesor la siguiente invitación: "Yten se a de avisar a los mercaderes correspondientes de las dichas seys cibdades (Roma, Venecia, París, Amberes, Nurenberg, Lyon), que no tomen ni escojan librero para proveerse de los gruesos e caudalosos, lo uno, porque no tratan ni curan de las obrezillas pequeñas ni de coplas e refranes y otras cosyllas que también se an de thener en la librería; lo otro, porque como son ricos dan de lo que tienen en su tienda, e no quieren yr ni enbiar a saber qué y en las otras; lo otro, porque si tuvieren algunas obras gruesas, aquellas no se pueden encubrir e do quiera se hallan y en las pequeñas ay más dificultad en las buscar..."²⁵

No olvidó don Hernando adquirir algunos manuscritos, pero siempre que no pudiesen

comprarse las mismas obras impresas. La Biblioteca pudo contar así con un códice carolino, varias obras musicales, las sátiras autógrafas de Francisco Fidelfo y una serie de códices que don Hernando Colón compró al famoso humanista Marin Sanudo cuando pasaba por horas difíciles.²⁶

Don Hernando quiso crear una biblioteca consagrada al saber universal y enciclopédico, en donde todos los temas e idiomas estuviesen presentes. Sin embargo, no concibió su empresa como pública, sino más bien como un depósito que atesorara por los siglos el saber de la humanidad en un lugar crucial del Imperio hispano: Sevilla. A su muerte dejó una minuciosa normativa para el uso y fomento de su gran empresa, enumerando las reglas para manejar y colocar los libros, prohibiendo la salida de cualquier ejemplar, etcétera, aunque de poco valió ante el desinterés de su sucesor, el mujeriego Luis Colón.

Así, el futuro de la que fue considerada la mejor biblioteca particular de Europa fue incierto. Pasó primero al convento dominico de San Pablo y el 31 de mayo de 1552 se trasladó a la catedral hispalense, tras ganar la misma un pleito. Hoy se guardan en dicho edificio unos cinco mil ejemplares de esta magnífica biblioteca, legado permanente de uno de los sabios humanistas más fructíferos del seiscentos español.²⁷ En su testamento dejó ordenado que se reprodujese en cada uno de sus libros la siguiente leyenda: "Don Fernando Colón, hijo de don Cristóval Colón, primero almirante que descubrió las Yndias, dexó este libro para uso y provecho de todos su próximos. Rogad a Dios por él."

Notas

¹ Me refiero a la colección titulada "Biblioteca de Colón", editada por un grupo de profesores de la Universidad de Sevilla bajo la dirección de Juan Gil, "que permiten descubrir a un Colón inédito y fascinante, medieval y renacentista a la vez, en el momento de entregarse a la lectura en busca apasionada de confirmación de sus ideas y teorías".

² Esta postura contrasta con la tradicional historiografía colombina. Sobre la etapa predescubridora, véase

el clásico trabajo de Juan Manzano y Manzano, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida (1485-1492)*, Madrid, Cultura Hispánica, 1964.

³ Alain Milhou, "Colón, modelo de idiota que alecciona a los sabios", *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid, Turner-V Centenario, 1990, pp. 133-143. Del mismo autor, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*, Valladolid, Casa Museo de Colón, 1983 (Cuadernos Colombinos, núm. 11).

⁴ Alain Milhou, "Colón, modelo...", *op. cit.*, p. 134. El subrayado es del autor. Una nueva edición del enigmático *Libro de las profecías* ha sido preparada por Juan Fernández Velarde (Madrid, V Centenario-Alianza Editorial-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992).

⁵ El político e historiador italiano Pablo Emilio Taviani desarrolla este aserto: "Ya se ha dicho que Colón era un hombre que pertenecía por completo a la Edad Media. Otros, por el contrario, reivindicaron su espíritu renacentista y escribieron que su espíritu era superior al del siglo en el cual vivió. En realidad, debe colocarse entre las dos épocas distintas. Su planteamiento teórico es medieval, así como su visión filosófica y teológica, e incluso las suposiciones de sus concepciones científicas; siendo renacentista su espíritu investigador, su desarrollado amor por la naturaleza, su capacidad, llegado el momento, de enfrentarse con la explicación de los hechos y los fenómenos no observados ni explicados antes". Pablo Emilio Taviani, "El hombre Colón. Protagonista del gran acontecimiento", *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid, Turner-V Centenario, 1990, p. 163.

⁶ Michel Mollat, *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 101.

⁷ Véase el amplio y documentado trabajo de Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

⁸ Juan Manzano y Manzano, *Colón y su secreto. El predescubrimiento*, Madrid, Cultura Hispánica, 1982, pp. 183 y ss.

⁹ G.E. Nunn, *The Geographical Conceptions of Columbus*, New York, 1924; y S.E. Morison, *Admiral of the Sea. A Life of Christopher Columbus*, Boston, 1983, pp. 56-57.

¹⁰ Antonio Rumeu de Armas, *Hernando Colón. Historiador del descubrimiento de América*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1973, p. 105.

¹¹ Juan Manzano y Manzano, *op. cit.*, p. 197.

¹² Juan Gil (ed.), *El libro de Marco Polo. Las apostillas a la Historia Natural de Plinio el Viejo*, Madrid, V Centenario-Alianza Editorial-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, p. IX.

¹³ El profesor G. Caraci sostuvo esta postura en 1951 (Convegno internazionale di studi Colombiani): "La lectura de los anticuados libros de cosmografía no tuvo importancia en el origen del proyecto de Colón. La verdad es que Colón tuvo una fulguración que fue madurando naturalmente en él a través de noticias, consideraciones y descubrimientos." En *Studi Colombiani*, Génova, vol. 1, 1952, p. 82.

¹⁴ Francisco Socas (ed.), *Eneas Silvio Piccolomini (Papa Pío II). Descripción de Asia*, Madrid, V Centenario-Alianza Universidad-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, p. XXII.

¹⁵ Véase, Juan Gil, "Los primeros memoriales de agravios colombinos", *Historiografía y bibliografía americanista*, Sevilla, vol. XXXI, 1987, pp. 3 y ss., y Juan Gil, *Mitos y utopías...*, *op. cit.*, pp. 113-126.

¹⁶ Pierre d'Ailly, *Ymago mundi y otros opúsculos*, Antonio Ramírez de Verger (ed.), Madrid, V Centenario-Alianza Editorial-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, Bibliografía selecta en pp. XIX y XX.

¹⁷ Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), *Descripción de Asia*, Madrid, V Centenario-Alianza Editorial-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, Bibliografía en pp. XXIX y XXX.

¹⁸ Juan Gil (ed.), *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo versión de Rodrigo de Santaella*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

¹⁹ Sobre la vida de don Hernando Colón, aparte del anteriormente citado de Rumeu de Armas (nota 10), véase Emiliano Jos, *Investigaciones sobre la vida y obra iniciales de don Fernando Colón*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1945; J. Hernández Díaz y A. Muro Orejón, *El testamento de don Hernando Colón y otros documentos para su biografía*, Sevilla, 1941; Tomás Marín, *Hernando Colón y su participación en las Juntas de Badajoz-Elvas sobre la aplicación del Tratado de Tordesillas*, Valladolid, 1973. Además existen varias ediciones de su controvertida *Historia del Almirante*. Una de ellas estuvo a cargo de Luis Arranz (Madrid, Historia 16, 1984). Un estudio de la misma en A. Cionerescu, *Primera biografía de Cristóbal Colón. Fernando Colón y Bartolomé de Las Casas*, Tenerife, 1960.

²⁰ Klaus Wagner, "El itinerario de Hernando Colón según sus anotaciones. Datos para la biografía del bibliófilo sevillano", *Archivo Hispalense*, 203, 1984, pp. 81 y ss.

²¹ Klaus Wagner, "Libros obsequiados a Hernando Colón y otras curiosidades de su biblioteca", *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, vol. III, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, pp. 713 y ss.

²² Tomás Marín, "Presencia de Erasmo en la Biblioteca Colombina de Sevilla", *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Madrid, Caja de Ahorros de Gran Canarias, 1975, vol. 1, pp. 685-708.

²³ Tomás Marín, *Memoria de las obras y libros de Hernando Colón, del bachiller Juan Pérez*, Madrid, 1970.

²⁴ Luis Arranz (ed.), *Historia del Almirante*, Madrid, Historia 16, 1984, p. 33.

²⁵ Klaus Wagner, "Hernando Colón y la formación de su biblioteca", *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid, Turner-V Centenario, 1990, pp. 180-181.

²⁶ *Ibid.*, nota 25, p.180.

²⁷ Juan Gil, "Aventuras y desventuras de la Biblioteca Colombina", *El libro de Marco Polo*, Madrid, V Centenario-Alianza Editorial-Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, pp. IX-XXVIII.